

DE ENERO DE 1834, EN LIMA.

*Dia terrible lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tienen Patria, y honor.*

TESTIGOS presenciales de acontecimientos extraordinarios, que deben llenar de un noble orgullo á la capital del Perú; creeríamos traicionar el amor puro y tierno que profesamos á este venturoso suelo, si no describiesemos con el lenguaje candoroso de la verdad, el esfuerzo inaudito de un pueblo idólatra de sus instituciones, y de sus leyes. Sin embargo, cuando nos resolvemos á salir del retiro, y de la obscuridad, para tomar una mal cortada pluma, y referir sencillamente los sucesos que han pasado á nuestra vista, si osamos usurpar el buril sagrado de la historia, no por ello podremos olvidar nunca que escribimos para nuestros contemporáneos, y q' estos deben desmentirnos, si acaso la escasajacion de un merito adquirido con demasiada gloria, ocupa en nuestras líneas el lugar que exclusivamente corresponde á la ingenua narracion de los hechos.

Conculcada y destruida nuestra Constitucion con el movimiento del 3 de enero corriente: Lima, la patria de los libres, la cuna en otro tiempo y el asilo del placer y del amor, habia sufrido con indignacion en el silencio, el yugo vergonzoso é inicuo; que le impusiera un militar obscuro; que cubierto de infamia y deshonor, habia visto ascender por la carrera del crimen á la primer magistratura de la República. Este acaudillando á unos cuantos vandidos, y desnudos, para quienes no hay mas Patria que el pillaje, ni otra ley que la arbitrariedad y el capricho, osó por 3a. vez invadir el gobierno legitimo, y puso por testa de sus aspiraciones insensatas al gral. D. Pedro Bermudez, cuyo nombre como asociado en otro tiempo á las desgracias del benemerito gran mariscal D. J. La-Ma, si inspiraba veneracion por tal respecto, hoy por su conducta posterior ha renovado la llaga de aquella ilustre victima por un ingrato pérfido sacrificada. Por este mismo tomó de propia autoridad el titulo de gefe supremo provisorio de la República, y al dia siguiente se hizo reconocer por las autoridades y corporaciones; teniendo la audácia de confesar con sus mismos labios, que subia á la cima del poder, no por la voluntad de los pueblos, ni por el voto nacional, sino mas bien á despecho de las leyes y entre los gemidos de la angustiada patria. Esta arenga la oyeron en silencio ciudadanos distinguidos; y la indignacion, y el desconsuelo aparecieron pintados desde entónces en los pálidos y mustios semblantes de aquellos, que en

mejores dias hubieran podido invocar en su auxilio los manes sangrientos de los Catones y los Brutos. Pero el golpe estaba dado, y una mano parricida tenida tantas veces con el rojo licor del desgarrado seno maternal, blandia ante los ojos el barbaro puñal con que habia penetrado sus entrañas. No era dado á los varones justos, sobrecojidos del espanto, que naturalmente inspira un hecho tan atroz, el arrebatarlo al asesino; y el sordo murmurar de la inocencia, solo servia de presajio, ó de funesto signo de la vitalidad de los buenos.

En tan terrible estado pasaron veinte y cinco dias entre la uniformidad y la aserva espacion del infortunio. Mas al amanecer sobre nuestro acongojado horizonte la aurora del 28, el Dios y padre de los incas parece q' con su claridad misma anunciaba, que aquel seria el postrero, en que hubiera de ser mudo espectador del sufrimiento de su pueblo. Una atmosfera menos nublada que las anteriores, dejaba entreveer con una dulce y lisonjera esperanza, perspectivas menos funestas que las que antes habian presajado las continuas desgracias. Rujióse en la mañana que el general Gamarra, que habia salido para el Norte con cuatrocientos hombres, sufria revces y contrastes: que el bravo Necochea á la cabeza de una columna de valientes asechaba sus pasos; que en el Callao se habian recibido noticias muy plausibles; que los buques se miraban empabesados; y finalmente que el titulado jefe supremo habia resuelto de un modo difinitivo su marcha para las provincias del interior. A los rumores vagos, é inciertos, que daban publicidad á estos relatos, prestó mayor ascenso el hecho de estarse recogiendo mulas de carga; y como á eso de las dos de la tarde unos tiros de fusil, que se dejaron sentir en la casa del gobierno, y la salida precipitada del mismo Bermudez con direccion al campamento, hicieron circular la nueva de que se habia pasado el mayor Lujan á los castillos, con una gran parte de la caballeria sitiadora; y que la confusion de los reveldes los iba á conducir por necesidad á una pronta retirada. Este cúmulo de circunstancias, ó de insidentes que se propalaban, tan alhagueno á la vez, como inesperado y alarmante, influyó considerablemente en los sucesos de aquel dia memorable; pues reunidos por él, bajo los portales, y en las calles inmediatas á la plaza un jen-

no fumenso, la inquieta y curiosa ansiedad, formando diversos corrillos, parece que interrogaba á las señales esteriore, y aun a los mudos edificios la realidad de los acontecimientos que se referian. La afluencia de los concurrentes semejaba á las olas apacibles, que sucediendose en el espacio inmenso del Oceano lebanan unas veces al mal seguro vâgel que surca sobre ellas, y otras lo sumen, tomando en su rededor la elevacion de las mas inaccesibles montañas. A un grupo en que se advertia multitud de ciudadanos, se veia desaparecer con presteza para reunirse á otro que apenas contaba dos en su principio, y este en su caso tambien se discipaba, y quedaba en cierto modo absorbido por otro que con la misma ansiedad le reemplaza. Así se sucedian las marejadas bonancibles del pueblo silencioso y desarmado; cuando por una especie de instinto ó curiosidad natural, se dirijió una gran parte de la multitud á la puerta principal del palacio. Todas ellas estaban cerradas desde las dos de la tarde; del propio modo que el resto de las casas y las tiendas. Solo un postigo estaba abierto y guarnecido de soldados; porque una ciega y vituperable irreflexion ha hecho jeneral en el país esta loca mania que puede ser perjudicial alguna vez. Al menor ruido, rumor, ó sobresalto, las calles quedan asoladas, y los vecinos indefensos encerrandose en sus casas, se ven espuestos por el aislamiento en ellas á ser la presa segura de un pequeño número de desalmados. Sucedia, pues, otro tanto en esta ocasion, y la unica diferencia era la de hallarse reunida la poblacion á la puerta principal de palacio. En ella se veian custodiando la una compania de las tropas de que disponian los berdugos de la patria; y estos esvirros infames al advertir q' se les acercaban en grupo los inermes y pacificos paisanos, hicieron romper el fuego sobre ellos, y el primer estrago de su rabia; se cebó en un infeliz muchacho q' quedó muerto de un balazo. La bayoneta parricida de otro furibundo soldado tambien hirió por el brazo á uno de aquellos espectadores tranquilos, q' sobrecojido en el primer momento, aun no podia saber lo q' á su lado pasaba; y como si esta fuese la señal convenida para la carniceria y la matanza, esos despiadados carives posesionandose de los techos, repitieron las descargas cerradas sobre la confusa y absorta multitud q' rodeaba la plaza. En ella, vimos correr despavoridos como para salvarse de un dilubio universal de balas, á los infelices q' caian revolcados en su propia sangre. Vimos á otros mas intrépidos, despreciar la muerte y el peligro desafiando á sus inicuos enemigos, sin mas armas q' la de una piedra ó un palo. Vimos á un joven orgulloso y altanero dejenarado, hijo de la misma patria, salir acaudillando 20 militares asesinos para q' con torpe rabia, se saciasen en sus desgraciados paisanos. Vimos, en fin, hollada y perseguida por todas partes á la multitud, de cuyos riesgos con un dulce placer participamos; fuimos presentes y oculares testigos de los esfuerzos impotentes de esta; y hemos distinguido entre los tigres que ordenaban el deguello á un Allende, un Vivanco, un Guillen, y un Lostarnau cuyos nombres execrables cubiertos

de oprobio y de valdon, solo deben ser inscriptos en el negro libro de la infamia.

Entre los que acabamos de nombrar sobresalia el furor brutal, y la insaciable sed de sangre en que revosaba el corazon del feroz coronel Guillen. El fué el q' mandó despejar los portales á tiros y descargas. A el, y al desnaturalizado Allende se atribuyen las primeras ordenes para tan horrendos atentados. Mas antes de pasar á otras escenas dignas del inimitable valor de aquel dia, no podemos dejar de hacer mencion de dos hechos importantes. El primero de ellos tuvo lugar con un infeliz barbero cuya suerte deploramos. Este desgraciado poseido de la justa indignacion que á todos ocupaba, supo proporcionarse una escopeta, que sin duda habria tenido en su cercana casa: con ella apareció derepente agachado, y caminando medio oculto por la calle que vá de la iglesia de Santo Domingo así al palacio; llegó á la esquina bajo los mortíferos fuegos de los soldados mercenarios, y al desherajar su tiro, que dirijió ufano con la mayor serenidad y presencia de animo, tuvo la suerte de caer á un mismo tiempo muerto en el suelo con aquel á quien habia acertado. El otro hecho no menos admirable fué la intrepidez de un joven como de doce á catorce años; este salió de la esquina de mercaderes, sin mas armamento que el de un punado de piedras que llevaba consigo sobre su sombrero colocado en el brazo. Marchó con paso firme invitando á sus compañeros hasta la pila de la plaza, donde estaban colocados los berdugos; descargó sobre ellos entonces sus impotentes guijarros, y cuando desplegados estos en guerrilla lo siguieron á fusilazos; volvió á reparar sin lesion el camino por donde habia entrado. Al llegar á la esquina de la misma calle de la que se le vió salir, la muchedumbre que allí se habia agolpado victorió su triunfo y su denuedo con gritos, silvos y palmadas; y obligados por estos á hacer alto los q' le seguian, produxo ese paso en cierto modo una nueva lucha que no nos será facil encomiar bastante.

El pueblo que en el primer conflicto habia abandonado la circunferencia de la plaza, ocurrió á distintos puntos en busca de armas; y conseguidos algunos sables, pistolas, y escopetas de las muy pocas que tenian reservadas ú ocultas los particulares; en el momento de que hemos hablado apareció en la escena ocupando todas las esquinas de la plaza. El furor y el despecho se hallaban pintados en todos los semblantes; y una multitud embravecida, á la manera de un rio caudaloso, que se ve salir de sus márgenes; se anunció contra los enemigos con impetuosas descargas. Entonces los jefes y soldados cobardes que ocupaban el centro parapetados en la pila, y resguardados por detras con el palacio, se retiraron con desorden ácia la calle de la pescaderia por donde aparecia menor número de ciudadanos. Estos á su vez ocuparon los lugares de que habian sido aquellos desalojados, y los horribles fuegos que se hacian desde la pila, de los balcones de cabildo, y del portal de escribanos contra los que estaban posesionados de los techos y ventanas de palacio, daban y recibian la muerte, es-

parciendo sobre los malvados el terror, y lanzando en todas direcciones la desolacion y el espanto. Entre tanto unos cuantos muchachos que se habian apoderado de las torres de la Catedral repicaban con vivas y gritos las campanas; mientras que la entusiasmada muchedumbre en la q' se veian mezclados confusamente los hombres eminentes, con los virtuosos extranjeros, y los mas tristes menestrales, por esfuerzos inauditos trataban de violentar las puertas del propio palacio.

En tal posicion se sumió al nublado ocaso el radioso luminar del dia, con motivo de haber empezado á mas de las cinco de la tarde tan desigual como funesta lucha. Empero cuando debia esperarse que la obscuridad y lóbreguez que circundaban la tierra, arredrase á los menos intrépidos, para que cesase la destruccion y la venganza de inmerecidos ultrajes; las sombras que intimidan y protejen por lo comun á los famosos criminales, parece que haciañ renacer en el corazon de los libres una nueva vida y entusiasmo. Se sacaron barriles de alquitran con que se iluminaron las esquinas, y la ardiente é impetuosa multitud tras de su pálida llama, se veia arrostrar el fuego de los parricidas sanguinarios. La plaza entera, el arco del puente, y las esquinas principales del Rastro, Correo viejo, y Arzobispo, eran otros tantos teatros de furibundos y desventajosos combates. El aspecto de estos sitios donde se prodigaba de una y otra parte indistintamente la sangre del inocente y del culpado, habria traído á la memoria en la calma y sosiego de la tranquilidad y del reposo, la noche tempestuosa en la que el rayo aterrador del mundo tronando entre silvidos horrorosos sobre la cima serena de las inaccesibles rocas, debasta fértiles llanuras, y siembra por do quier el esterminio y el estrago.

Era este el cuadro angustioso que presentó la capital hasta las nueve de la noche de ese dia tan imponente como aciago; cuando al sonar en el reloj del destino aquella ultima hora, se oyó repetir con asombro q' el ejército sitiador se aprocsimaba. Com poníase este como de quinientos hombres entre caballería é infantería, y habia avanzado formando una columna ácia la iglesia de Jesus Maria, y con direccion á la plaza. Para tomar este último sitio se dividió allí en cuatro partes, que bajo las ordenes de distintos jefes, debian desembocar por las calles de Sto. Domingo, Bodegones, Mercaderes y Mantas. Marchaba en cada una de ellas á retaguardia la caballería, ocupando las veredas ó aceras en desfilada, y precedida por los infantes, cuyos fuegos despejaban el campo. Mas tan luego como se anunció su cercanía, abandonando los paisanos los antiguos lugares del combate se retiraron con el mayor orden, unos á posesionarse de los techos de las casas por donde debian pasar sus fieros enemigos, y otros de las esquinas y bocas calles. Asi se vió desaparecer el jentío numeroso que poblaba aquel grato recinto, donde en otras ocasiones solo se presenciaba para ser participante de alegres y vistosos espectáculos. El silencio pavoroso de las tumbas vino á reemplazar el ruido q'

producia el choque de las armas; y los ayes lastimeros de miseros espirantes eran los unicos ecos q' á lo lejos resonaban. Pero bien pronto se advirtió que la funesta lucha solo habia mudado de sitio. A la voz del ¿quien vive? que se percibia en las calles poco antes mencionadas, se seguian otras descargas de la tropa, á que azoteas y balcones contestaban; y segundados estos por el paisanaje q' á las esquinas acudia, se vió disputar á unos y á otros el terreno por lineas y por palmos. Sin embargo cediendo al fin el valor al número, y el despecho y turor á la disciplina y á la táctica; penetraron los ministros del tirano al sagrado recinto de la plaza, y distribuidos en ella, no cesaron de hacer descargas cerradas sobre los techos, cementerio de la Catedral, torres y balcones, de donde siempre se les molestaba. En el transito habian tomado en el centro á cuantos paisanos desarmados llevaba á su poder la imprevision, la casualidad, ó la imprudencia; y lanceando á sangre fria á los que sorprendian con piedras ó con palos, aumentaban de tal modo el número de los héroes que aquella triste noche espiraron. Lo mismo siguieron practicando mientras se disponian en el palacio las cargas: se quemaban los papeles importantes de las oficinas y ministerios; y se patrullaban las calles inmediatas por el sanguinario y feróz Navarrete cometiendo horribles asesinatos; hasta que á las once y media dadas, vuelta á ordenar en columna la fuerza de esos envilecidos esclavos; y despues de haber hecho salir por delante las mulas en que conducian el amargo fruto de sus rapiñas y sus deprecaciones bárbaras; tornaron á salir por la calle de bodegones, precedidos de una compania de cazadores que menudeaba sus fuegos, y que tuvo que sufrir tambien una nueva y terrible descarga de los paisanos que habian quedado asechandolos. Entre ellos iba ufana, y acompañada de sus pistolas, la infame Doña Francisca, esa harpia infernal y desalmada que desmintiendo con su conducta la bondad característica del seco, ha sido para el Perú la estrella precursora de revoluciones y desgracias, y bajo su funesta influencia salió de nuestros muros ese puñado de vandidos cuyas impuras plantas jamas volverán á profanar el templo santo y magestuoso, que en este suelo privilegiado y clásico, acaba de levantarse á la libertad y al amor patrio. Con efecto, atendido el esfuerzo inaudito que ha hecho en esta vez la heroica capital de los libres para sacudir la coyunda á que quisiera uncirla el tirano; puede asegurarse con firmeza, que la cadena de la ignominiosa esclavitud, nunca tornará á restablecerse, ni á gravitar sobre ella, cualquiera que sea la mano de hierro q' se atreva á intentarlo; porque nuestros hijos y nuestros nietos amaestrados con las lecciones de bravura que han recibido en este dia de un pueblo desarmado é indefenso, sabrán conservar en lo venidero ese nombre glorioso, que ha precipitado con orgullo cerca de doscientos campeones denodados en la noche misteriosa de la eternidad.